

XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires, 2009.

Repensando desde latinoamérica una sociología para la diversidad.

Xavier Rodríguez Ledesma.

Cita:

Xavier Rodríguez Ledesma (2009). *Repensando desde latinoamérica una sociología para la diversidad. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-062/1286>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Repensando desde latinoamérica una sociología para la diversidad.

XAVIER RODRÍGUEZ LEDESMA

UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL, MÉXICO.

conequis@hotmail.com y xrodrig@upn.mx

¿Por qué en pleno nuevo milenio los habitantes de América continuamos refiriéndonos a las regiones del continente asiático como el “lejano oriente”, si basta ver cualquier globo terráqueo o planisferio para percatarnos de que tales regiones quedan del otro lado del océano Pacífico, esto es, en nuestro oeste? ¿Cuál es la razón de que después de quinientos años seguimos dando por cierto y, por tanto, utilizamos en nuestra cartografía básica un planisferio que tergiversa de manera grotesca y grosera las dimensiones reales tanto de los países, como de los hemisferios y las regiones? ¿por qué, además de los ineludibles cursos de historia nacional, se imparten cursos de una *historia universal* que en el mejor de los casos se refieren única y exclusivamente a una historia de la civilización grecolatina, esto es, europea? ¿cómo explicamos el hecho de que a pesar de que México se caracteriza por la existencia de una multiplicidad de culturas, la *historia nacional* que se aprende dentro del sistema educativo hace caso omiso de ellas a pesar de las “buenas intenciones” programáticas de reconocer dicha diversidad? ¿de verdad hasta ahora hemos empezado a “vivir juntos”, según se sobreentiende en el título de un difundido libro que aborda el asunto del multiculturalismo y la tolerancia? ¿por qué en México idolatramos a los indios muertos, habitantes de un lejano pasado prehispánico, pero defenestramos a los indios vivos de nuestro presente globalizado? ¿cuál es el papel (si existe) de los otros en la historia y en la sociología? Las preguntas son una infinidad, las respuestas apenas empiezan a esbozarse.

Es falso que recientemente hayamos empezado a vivir juntos pues siempre lo hemos hecho. Más bien muchas certidumbres monoformes se han resquebrajado -cuando no derruido completamente- a causa de la irrupción de los otros que durante un periodo históricamente definido y explicable se pretendió hacer desaparecer bajo multitud de caretas de toda índole, desde la erradicación violenta hasta la integración política, económica y/o cultural. Los imperios, los mestizajes, la supresión política artificial de las nacionalidades, etc., son algunas de esas maneras mediante las cuales se pretendió eliminar / integrar la idea de la existencia de lo otro en aras de consolidar una noción unívoca del devenir de la humanidad. Una sola voz dictó la historia, una sola mirada sobre el sentido de nuestro presente, una sola forma de imaginar la construcción del futuro. Una exclusiva manera de ver al mundo, su estudio y posible comprensión. Al momento en que reapareció hace apenas algunos lustros lo que aparentemente se había desvanecido, la otredad nos explotó en la cara y nos obligó a pensar todo de nuevo.

No es fácil vernos desde esa nueva perspectiva. Los discursos, las formas hegemónicas se han arraigado lo suficiente para ser eficientes, lo cual implica imbuirse de naturalidad y vestirse con los ropajes de la universalidad.

Constituye una paradoja epistemológica aberrante el que disciplinas que postula la necesaria historización de todos los conceptos, la crítica inmisericorde de las certidumbres, se eximan a sí mismas de dicho esfuerzo intelectual y, por tanto, se pretendan erigir como el único discurso válido y eficiente para alcanzar la comprensión de lo que fue el pasado, la manera de concebir el tiempo, la explicación del presente, su propia razón de existencia como discurso culturalmente hegemónico, la posible construcción del futuro, etc. La diversidad no debe quedarse en el nivel discursivo o remitirse al ámbito exclusivamente político cuando se habla de cultura, sino que, siendo consecuentes, deber reconocer, respetar, valorar y enriquecerse a partir del establecimiento de relaciones multidireccionales con otras formas de concebir el pasado y explicar el presente que no tienen nada que ver con nociones perfectamente historizables como el tiempo lineal (pasado-presente-futuro), nación, patria, progreso y demás conceptos característicos de una concepción ya vinculada al encumbramiento de la ciencia como el discurso hegemónico.

El desdén y ninguneo sobre otras formas de concebir al mundo, y por tanto, de vincularse con él en lo que desde la modernidad occidental llamaríamos epistemología, significa una forma específica de racismo, en la medida en que desde un valor universal (la ciencia y sus encarnaciones positivistas

en lo que concierne a las humanidades), discriminamos (calificamos de inferior) cualquier otro tipo de conocimiento, de vínculo con la naturaleza y, en suma, de concepción del mundo.

Los conceptos nodales dentro de la manera tradicional y vigente de entender a la historia y la manera de abordarla metodológicamente son expresiones claras de esa universalización de lo particular. Nociones como universal, occidental, moderno, nación, patria, tiempo, ley, causalidad, verdad, orden y, por supuesto, historia (amén de muchísimos más) son propuestos para leerse de manera unilineal. Al haberse impuesto desde una situación de poder el discurso triunfador culturalmente es asumido acríticamente: lo individual se convierte en universal y la historia y la sociología concebidas como ciencias renuncian a sus propios postulados básicos entre los cuales el primero es la ubicación histórica (cronológica, geográfica, cultural, política, etc) de todo, empezando en primerísimo lugar por ellas mismas.

Desde las nociones que se han construido para explicar un devenir social específico, se trata de ver y entender a todo el conjunto mundial. Esos lentes particulares se erigen en los miradores desde los cuales se lee la historia de todos. Ejemplos sobran, no está de más referirnos a algunos de ellos, a los más gruesos y evidentes.

Los conceptos de Occidente y Oriente no son más que ejes referenciales para ubicar a civilizaciones surgidas en ciertos espacios geográficos. Sin embargo, la adopción acrítica y deshistorizada de tales conceptos lleva a contradicciones que, si metodológicamente no fueran trágicas pues evidencian la imposición de una hegemonía cultural, serían irrisorias. Para nosotros, americanos, el lejano oriente no es ni China ni Japón, el oriente para nosotros es Europa. Sin embargo, los usos y costumbres culturales y metodológicas (hegemónicos) nos refieren al oriente definido desde el continente europeo. Nuestro oriente y occidente no son aquellos, son otros. En ese mismo sentido puede entenderse la vigencia de la imagen y representación cartográfica de nuestro planeta de la proyección “Mercator” que, además de tergiversar de manera grotesca las dimensiones reales de las diversas regiones, representa una visión imperial, nortea y europea del mundo.

Ejemplos tan inquietantes nos proveen del escepticismo necesario para obligarnos a recuperar el ánimo crítico que jamás debimos haber olvidado, mucho menos si nos dedicamos profesionalmente a trabajar dentro del ámbito de las ciencias sociales, y particularmente, de la sociología. Armados con él

podremos tener mayores elementos para construir una visión incisiva acerca de la soberbia con que la ciencia descalifica otros conocimientos junto a innumerables formas y fuentes de información. Con ello abrimos la puerta para avanzar en el cuestionamiento sobre las añejas maneras tradicionales de considerar a la historia y a la sociología (a las ciencias sociales en general) en su estatuto de objetividad.

Frente a conceptos del tipo de “mundial”, “universal”, “nacional” planteamos la particularidad. El tiempo, la manera de concebirlo, es un concepto nodal. La modernidad instauró una concepción lineal del tiempo (pasado-presente-futuro) en la cual el futuro es sinónimo de cambio y este a su vez de progreso. Ello ocasionó que el mundo se haya dividido únicamente en dos: lo moderno y lo antiguo; este último es el epíteto endilgado a todas aquellas sociedades que no comparten las ideas e instituciones modernas. Al dividirse al mundo en desarrollado y subdesarrollado, en moderno y no moderno, se logró lo imposible: unir en un concepto una multiplicidad de realidades, integrar en una misma definición a multitud de culturas. Luego entonces, es necesario identificar este ardid hegemónico cultural y explicitar una vez más que no existe una sola y única civilización desde la cual se pueda evaluar, calificar, criticar el nivel de progreso alcanzado por otras o, peor aun, cómo esa otra se delinea y se ve únicamente desde esta voz (el progreso) que se ha instituido como la hegemónica. De hecho en ninguna cultura el desarrollo es lineal, lo cual significa en otras palabras que la historia ignora la línea recta.

La temporalidad universal que postula la modernidad hace que esta noción sea única y exclusivamente característica de Occidente. La instauración del futuro como el tiempo al cual debemos inexorablemente llegar y hacia el cual están encaminados todos y cada uno de los esfuerzos humanos, ha hecho que cuando este futuro ha sido cuestionado o se han cerrado las puertas para acceder a él, toda la cultura moderna entre en crisis, su objetivo deja de existir y la civilización se debate en lo que se puede denominar una crisis de identidad, en donde todas sus creencias acerca de la evolución, el progreso y el desarrollo son negadas y cuestionadas, ya que el principio que funda a nuestro tiempo no es una verdad eterna, sino la verdad del cambio.

Latinoamérica y con ella México se apropió de la filosofía política francesa, inglesa y estadounidense, de las ideas de la modernidad. La modernidad específicamente para nuestros países no debe referirse a patrones cuantitativos de desarrollo, sino que debe encaminarse hacia la capacidad de crítica y autocrítica de la sociedad en búsqueda de una forma moderna acorde a nuestras historias y formas de ser. De cara a este panorama es necesario reconocer nuestra

pluralidad de culturas y civilizaciones y la pluralidad de tiempos históricos que ello significa, para afrontar la concepción lineal y unívoca del tiempo característica a la modernidad.¹ Es urgente volver la mirada hacia nuestra otredad, nuestra historia no empezó hace quinientos años y aún está lejos de terminar.

Si la simple existencia de la diversidad social es de hecho negada en, por ejemplo, los programas escolares de historia, la posibilidad de valorar, usar y enriquecernos a partir del conocimiento de otras formas de concebir a la realidad y, particularmente, las historias de origen de esos grupos es inconcebible. Aferrados a la univocidad moderna (hegemónica, científica, occidental, nacional, etc.) tales explicaciones históricas no pasan, en el mejor de los casos, de ser catalogadas como mitos o creencias. La realidad, la verdad o la objetividad hay que buscarla en otra parte; las explicaciones venidas desde esos grupos minoritarios o culturas no hegemónicas son desdeñadas (eufemismo utilizado en lugar de “discriminadas”).

La univocidad en la concepción del mundo hace que la historia centre su atención en ciertos objetos de estudio y análisis, el resto por lo general no existen y cuando llegan a aparecer lo hacen de manera desenfocada pues la atención siempre se mantendrá sobre el objeto central, el definido por la modernidad occidental. De tal forma es evidente en los programas de estudio de historia (y de las demás ciencias sociales en general) la ausencia de *otras* historias que no tengan que ver con la de la civilización “occidental”. No se revisan otras formas de concebir al mundo, de explicar la historia de la civilización en general o de las propias sociedades particulares que, evidentemente, no aparecen en esa historia “universal”. Cuando se refiere alguna otra cultura o ciudad no europea (musulmana, Bizancio, Tebas, Tokio, etc.) se hace de manera accesoria y siempre en función de verlas desde la historia central, la europea, pensando en como aquellas dejaron sentir su influencia para el devenir de la historia occidental, o como la modernidad las ha moldeado.

La otredad para la historia oficial de México tampoco existe. En ella la aparición de grupos étnicos (indios) se refiere exclusivamente al pasado más alejado. Se habla de la necesidad de valorar la herencia (costumbres y ritos, nada más) que nos han dejado, lo cual implica la idea de que ellos han dejado de existir. Para el análisis de la historia contemporánea nacional se parte de esa inexistencia de la diversidad étnica pues el estudio de los grupos sociales refiere exclusivamente a

¹ PAZ Octavio, *Hombres en su siglo*, 6ª reimp. Seix barral, México, 1990, (1ª ed. 1984)., p. 43.

los campesinos, los obreros, los grupos empresariales y clase media. Los indios, la multiculturalidad heredada de las culturas “prehispánicas” [el uso de dicho concepto define evidentemente una noción específica de los grandes cortes (importantes, trascendentales) definidores de “la” historia nacional] no tiene cabida en la noción de historia nacional hegemónica. Los programas de historia de México en general son deudores de la “ambivalencia nacional con respecto a la tradición indígena, hecha de idolatría por el indio muerto y agresividad culposa hacia el indio vivo.”² La exclusión social de los indios tiene su representación en la historia oficial. Se postula la diversidad en los objetivos programáticos, se niega en los contenidos temáticos. El fenómeno de inclusión / exclusión de las denominadas minorías puede ser ejemplificado por estos mismos programas de historia.

Los grupos étnicos no son los únicos excluidos de esas visiones oficiales. Tampoco aparecen como figuras fundamentales para el devenir de la sociedad las mujeres, los niños, los desposeídos, en una palabra, los desposeídos de poder, los perdedores en la lucha por la hegemonía.

La posibilidad de la comprensión de lo propio requiere necesariamente su confrontación con otros presentes a fin de reconocer la relatividad de todo proceso de constitución identitaria, para lo cual es necesario descentrarse de una visión que parte de la existencia de una sola explicación, visión y concepción.

Interrogar al pasado desde nuestro presente para la mejor comprensión de nuestro aquí y ahora permite desarrollar habilidades cognitivas que permitan el análisis, la inferencia, la interpretación, la crítica y el juicio a través del manejo y tratamiento de distintas fuentes de información que no necesariamente son de manera exclusiva aquellas concebidas para el quehacer histórico. Con ello se avanza en el desarrollo de actitudes de respeto a las diferencias tanto en el plano intelectual como en el social. Con lo anterior, además de proponer el aprendizaje de determinados conceptos históricos, se promueve el uso de distintas fuentes de información, así como se incentiva, enseña y promueve el desarrollo de una capacidad para leer críticamente la información.

² KRAUZE Enrique, “El mito y la realidad”, *Letras Libres*, núm. 57, septiembre 2003, México. p.54.

La necesaria identificación de los diversos niveles de análisis de los hechos históricos no quiere decir que se plantee la autonomización de tales hechos, pues ello significaría la fragmentación de la posibilidad de una visión totalizadora el mismo. De tal forma se supone la necesidad de abordarlos de manera integral identificando dentro de esa unidad por lo menos las siguientes perspectivas, las cuales se exponen sin ningún tipo de intención de magnificar la importancia de unas sobre otras: lo social, lo económico, lo político, lo cultural.

Del aquí y ahora, del entorno más inmediato hacia lo más general tanto en tiempo como espacio. Al partir del presente de mi barrio, de mi comunidad, ir reconstruyendo los entornos históricos (cronológicos y culturales) que han dejado sentir su peso en la realidad presente. De hecho, si lo pensamos con calma y sin aferrarnos a la norma tradicional, podemos llegar a la conclusión de que lo aburrido de la historia tiene que ver fundamentalmente con la incapacidad que hemos tenido de zurcir, imbricar, sus contenidos con la vida diaria y cotidiana de los estudiantes.

Con todo lo hasta aquí expuesto una conclusión se va decantando de manera natural: la historia, la sociología, las ciencias sociales en general pensadas desde y para la diversidad habrán de abandonar la moderna división metodológica de pensar e intentar aprehender al mundo en función de estamentos de conocimientos separados en disciplinas autónomas. Es urgente recuperar la noción de totalidad y con ella en la mano avanzar en la demolición de uno de tantos muros que aun quedan en pie. Una sociología afín a esta noción habrá de encarnar la interdisciplinariedad, cuestión nada fácil de asumir estando acostumbrados al estudio y abordaje de la realidad a través de su división epistemológica que, por lo general, elimina la posibilidad de pensar de manera integral las diversas facetas en las que de manera arbitraria divide metodológicamente ese objeto de estudio.

La propuesta de ninguna manera es utópica, sobre todo si reconocemos que ya existen fructíferos y contagiosos ejemplos al respecto. Sin embargo su posibilidad no significa que el reto deje de ser grande y la tarea de enfrentarlo tan ardua como necesaria, ya que como acertadamente ha escrito Carlos Fuentes:

La escuela y el magisterio, el hogar y la escuela, son los espacios donde se inicia el combate contra el odio a la gente de raza o de

cultura diferentes a las nuestras. El encuentro con lo que no somos nosotros acaba por fortalecer nuestra identidad. (...) Recibimos y damos. No excluimos nada, ni lo nuestro ni lo ajeno. Sólo desterramos el prejuicio, la persecución, la muerte de lo distinto.³

Avanzo tan sólo una conclusión general: la recuperación analítica dentro de los análisis sociológicos de la diversidad, de la existencia del otro, del diferente, del distinto, pasa necesariamente por ubicar la historicidad de todas las llamadas ciencias sociales en general, y de la historia y de la sociología en particular.

³ Fuentes Carlos, *Por un progreso incluyente*, Instituto de Estudios Educativos y sindicales de América, México, 1997, pp.93-94.

Bibliografía

- o BARTRA Roger, "Las nuevas banderas", *Reforma*, El Ángel, 02 noviembre 2003, México.
- o BESALÚ Costa Xavier, *Diversidad cultural y educación*, Síntesis, España, 2002.
- o DE CERTEAU, Michel, *Historia y psicoanálisis*, Universidad Iberoamericana / Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente, México, 1995.
- o FINKIELKRAUT Alain, *La derrota del pensamiento*, Anagrama, Barcelona, 1995.
- o FUENTES Carlos, *Por un progreso incluyente*, Instituto de Estudios Educativos y sindicales de América, México, 1997.
- o KAISER Ward L., *A new view of the world. A handbook to the world map: Peters projection*, Friendship Press, New York, 1993.
- o KRAUZE Enrique, "El mito y la realidad", *Letras Libres*, núm. 57, septiembre 2003, México.
- o PANIKKAR Raimon, "Filosofía y cultura una relación problemática", Discurso inaugural del V Congreso Internacional de Filosofía Intercultural, Sevilla, España, mayo 2003.
- o PAZ Octavio, *Hombres en su siglo*, 6ª reimp. Seix barral, México, 1990, (1ª ed. 1984).
- o RODRÍGUEZ Ledesma Xavier, "De cómo se retraso el reloj latinoamericano", en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, Año XLI, N° 165, julio-septiembre 1996, UNAM, México.